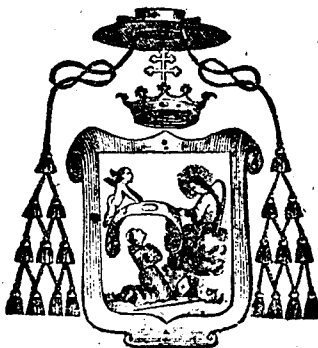


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado y demás que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN- ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARÍS

por

EL PADRE FELIX, DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

EN 1861.

CONFERENCIA SEGUNDA.

(Continuacion.)

II.

Señores; la carencia de principios, de convicciones, de certidumbre, que acabo de mostraros ser un vicio radical en la educacion de la inteligencia, es cabalmente en nuestras nuevas sociedades el vicio de toda educacion que no se atreve á ser francamente cristiana y católica. En cualquiera posicion que la examineis, en el hogar doméstico, en las aulas, en los palacios; veis que le falta la palabra de la fé, la afirmacion de la autoridad: así os la hallais dudando, más bien que afirmando; negando más bien que enseñando; nada consolida, y todo lo descuaderna: la inteligencia del jóven que cae bajo su jurisdiccion, se queda sin raices, y jamás crece con la sábia de verdad. Sigamos al niño en las varias fases de su formacion intelectual, y veremos como, sin educacion cristiana, su vida carece de base, porque su inteligencia carece de punto de apoyo:

Llegaos á esa familia desheredada del Cristianismo y en cuyo seno se ha aposentado el racionalismo moderno: allí no son ya regla infalible de los pensamientos la palabra de Jesucristo ni

el dogma católico: allí ni el padre ni la madre hablan ya en nombre de una autoridad reconocida é incuestionada, ni de sus labios desciende al alma de sus hijos la certidumbre con el verbo de la fé. Mirad á esa madre racionalista, escéptica, *espíritu fuerte*, madre sin fé, sin simbolo ni convicciones: vedla en el momento que trata de poner en la naciente inteligencia de su hijo alguna regla, algun fundamento de certidumbre: ¡oh! ¡y cuán inepta es esa mujer *espíritu fuerte* para tarea tan árdua! ¡cuán tímida! ¡qué mal segura! ¡que impotente! Es claro: como que está sola; sola con Rousseau, sola con Voltaire, ó sola entre ámbos; sola con el filosofismo, de quien es humilde sierva. ¿Cómo se arreglará, con su pensamiento solitario y vacilante, para dar á su niño lo que este necesita si ha de educarse; es decir, un simbolo, una creencia, una doctrina?

Pero dejemos á un lado este ejemplo, que con razon tendreis vosotros por rarísimo. Supongamos que la madre es cristiana y católica; que habla como la Iglesia y con la Iglesia; que afirma la divina verdad por el Verbo de Dios: que con el Catecismo delante, muestra al niño todo el dogma católico y le revela todo el misterio cristiano, diciéndole: que Jesucristo no es solamente un Hombre, sino que es tambien Dios, y que se le debe adorar;—que la Iglesia Católica no es una institucion humana, sino divina, y que todo cristiano está obligado á creer en su palabra y á guardar sus leyes;—que Jesucristo murió por salvar á los hombres, y que la Iglesia ha sido fundada para perpetuar en la tierra la obra reden-

tora de Jesucristo;—que hay un Cielo para los buenos, y un infierno para los malos;—que el Cielo es para los que creen en Jesucristo y obedecen á su Iglesia.

Supongamos ahora que de esta enseñanza católica de la madre es testigo el padre, y que este padre es hombre de sentimientos religiosos quizás, pero sin verdadera religion: escéptico, deísta, panteísta, humanitario quizás. Pues sucede que un día el niño interrumpe así de repente á su madre:—«Me dice Vd. que Jesucristo es un Dios, y que yo debo adorarle; pero en un librito que papá tiene sobre su mesa, leí yo el otro día que Jesucristo no es más que un grande hombre, un sábio, un legislador. Y más adelante, en otra página, decia que no hay tal infierno; que esto es un coco inventado por los Curas para espantar al pueblo y asustar á los chiquillos.»—Muchacho, ¿qué estás diciendo? responde la madre; eso es una impiedad, una blasfemia.»—Diga Vd., papá, replica el niño volviéndose á su padre: ¿quién tiene razon? ¿mi mamá ó el libro? Mamá dice que Jesucristo es Dios, y el libro dice que no lo es.»—«¡Vaya, vaya, chicuelo! responde el padre; todavía no estás en edad de meterte en esas cuestiones: á ver si prosigues tu leccion, y oyes y callas.»—

Tenemos, pues, aquí, que mientras la madre enseña como católica, el padre racionalista esquiva la respuesta que el niño le pide, ó le propone una duda, y á veces, si no le contiene el instintivo respeto que todo padre conoce ser debido á la infancia, responde con una negacion blasfema; y aunque se la calle, su gesto dice lo que no se atreve á pronunciar su boca.

Pero demos que el padre no ha hecho sino eludir la cuestion: os pregunto, ¿entre la afirmacion dogmática de la madre, y la negacion mal disfrazada por el silencio del padre, qué vá á ser de la inteligencia del hijo? Entre aquellas dos palabras, contradictorias, pero que, en nombre del amor ámbas, solicitan el dominio sobre la inteligencia de aquel inocente, ¿que vá á ser de su fé, de sus convicciones, de sus principios?

Y cuenta que aún se dán casos más lastimosos: padres hay que osan negar á la madre el derecho de enseñar al niño símbolo alguno que ellos en su suficiencia no se dignen aceptar: padres, digo, con la pretension, más que despótica, de que su mujer no piense sino como ellos, ni el hijo sino como ellos y su mujer; padres, blasfemos contra la Religion que impone á su mujer una doctrina que no es la doctrina de ellos, y no

ocultan su ambicion de ejercer solos, sin Jesucristo ni la Iglesia, sobre la inteligencia de su mujer y de sus hijos, lo que ellos en su soberbia llaman soberanía del pensamiento. ¿Qué sucederá, decidme si la madre, bajo el especioso pretexto de que haya unidad de miras en la casa, abdica cobardemente su más preciosa libertad y su más legitima independencia, posponiendo la doctrina de la Iglesia á la opinion de un hombre, y la autoridad católica á la potestad de su marido? ¿Qué regla de sus pensamientos, ni qué base para toda su vida, encontrará el niño en las lecciones de ese padre que vacila, de ese padre que duda, ó de ese padre que niega?

Pero supongamos que el padre no aspira á este impío pontificado supremo, sino que se digna respetar en su mujer y en su hijo una doctrina que no logra el honor de ser aprobada por su alta filosofia, y deja que la madre hable al alma del hijo con una autoridad que el padre tiene por problemática: supongamos esto, y en verdad que en los tiempos que hoy corren, no es lo peor que puede suponerse. De todos modos nos hallaremos con un niño incompletamente educado, y que en este estado vá á entrar en la escuela, y á ponerse bajo la direccion de un *profesor* cuya palabra vá á sustituir á la palabra de la madre. ¡Terrible situacion para el corazon de esta mujer, y para el porvenir del niño! del niño apartado, á los diez años de su edad, del padre y de la madre, y entregado absolutamente á la palabra de un extraño. Quiero conceder que este extraño sea un hombre de bien; pero hombre á quien la verdad no nos permite llamar cristiano. Y á este digo:—¡Oh tú, maestro, quien quiera que seas, respóndeme: ¿de qué modo piensas tocar sin lastimarla, esa jóven inteligencia? ¿Quién eres tú? ¿En nombre de quién hablas? ¿Cuál es tu símbolo y tu religion? ¿Cuál es, al ménos, tu doctrina? ¿A qué filosofia, á qué sistema rindes culto? Y desde el punto de vista en que yo te considero ¿cómo quieres que te nombre, espiritualista, ecléctico, materialista ó panteísta? Pues que vas á enseñar, dinos: ¿quién es tu maestro? ¿Descartes ó Bacon? ¿Rousseau ó Voltaire? ¿Fourier ó Saint-Simon? Y entre todas las escuelas que se reparten los harapos de estas varias filosofías, cuál es la de tu gusto? ¿Cuál es si es que lo sabes? ¿Te crees capaz de dar, en una hora, á este niño la fórmula compendiosa de tus creencias seguras y de tus convicciones definidas?

¿Con qué procedimiento, á ese niño que de los brazos de su madre ha caído en los bancos de

tu escuela, vas á darle principios, creencias, y junto con estos principios y creencias, los fundamentos de la inteligencia y la base de toda la vida? Si sabes qué cosa son la inteligencia y la verdad, ¿no te dá miedo la pretension de imponer á un niño una doctrina sin más autoridad que la tuya, ni más sancion que tu propio pensamiento? ¿Con qué derecho le has de dar como verdad una filosofía, un sistema, una utopía quizás, una quimera, un sueño? Entre Aristóteles y Platon, entre Cenon y Epicuro, ¿qué importa el que tú escogieres? ¿De dónde sacas autoridad para imponer tales ó cuales creencias tú que desdeñas repetir con la Iglesia el pensamiento mismo de Dios; tú, cuya palabra no quiere ser eco de aquel Verbo que ilumina á toda mente?

Pero aquí te oigo decirme: «Yo no impongo nada, no defino nada; noticioso de todo cuanto el hombre ha pensado y dicho, me presento ante una inteligencia que tiene sed de verdad, y le cuento la historia del error.»—Si: das noción de todo, y certidumbre de nada; en nombre de la filosofía cometes la locura de invitar á un niño á escoger la doctrina, la fe, la religion, el Dios que le acomode, con riesgo casi inevitable de que en su vida profese ni una doctrina, ni una fe, ni una religion, ni un Dios. ¡Soberbia hazaña! ¡Ah! ¿No percibis, no sentís, señores, la profunda herida causada en el alma de vuestro hijo por este escepticismo ó esta negacion que, quiera ó no quiera el maestro, rebosan de su palabra, si es que antes ya no han rebosado de la palabra del padre?

¿Qué va á hacerse luego el *profesor* con ese adolescente, emancipado ya de la disciplina de la escuela y de la dependencia del hogar doméstico? Ahí teneis ya á vuestro hijo en la edad de diez y seis años; lleváoslo de ciudad en ciudad y de anfiteatro en anfiteatro, á ver si halla, en una palabra que enseñe, un sosten para esa alma sobre la cuál van á pasar bramando las tempestades de la vida. Ya le veo al pié de una cátedra escuchando á un hombre que habla: es Sofronio. Veamos lo que dice Sofronio. Sofronio dice que el hombre tiene un alma, y que esta alma es inmortal; dice que hay una verdad, una justicia, deberes; dice que el Cristianismo es la mas grande de las religiones, Jesucristo el más grande de los reveladores, y la Iglesia la más magnífica de las instituciones.—«Muy bien, responde nuestro mancebo; pero esa religion, ¿es divina? Jesucristo, ¿es verdaderamente Dios? ¿Puedo yo cumplir mi fin de hombre sin necesidad de reconocer esa re-

velacion de Jesucristo ni las leyes de esa Iglesia? ¿Puedo yo tranquilo descansar en que poseo la verdad y en que tengo satisfecha mi conciencia?»—«Jóven, replica Sofronio, esas son cuestiones graves; la filosofía no tiene encargo de resolverlas; acerca de ellas, unos afirman, otros niegan. Inteligente y libre te ha hecho Dios: escoge tú lo que te plazca.»—

—«Vamos á otra parte, dice entónces el jóven, á ver si Rufo me aclara el enigma.»—Rufo es discípulo de Sofronio, pero ya desdeña soberanamente al maestro, tachándole de pacato y de anticuado. Rufo es mozo, y habla con énfasis tajante, audaz, impertérrito: dice que la Iglesia es cosa púramente humana; que Jesucristo es un sábio reformador, sí, pero nada más que un hombre; que lo milagroso, lo sobrenatural, lo divino en la humanidad es pura palabrería, y que la sana crítica sabe á qué atenerse sobre todo esto. Verdad es que piensan lo contrario ignorantes como un San Agustín, un Santo Tomás, un Bossuet, un Fenelon, y otros tantos de tan menguados alcances... ¡Bah! el mundo ha marchado, y todos estos hombres son ya muy pequeños ante la grandeza de Rufo!

¡Pobre mancebo, que ibas á buscar en Rufo la explicacion del enigma! Ya veo el secreto terror con que te miras abismado en nuevas dudas allí donde ibas buscando convicciones.—«Vámonos de aquí, exclamas: veamos qué dice ese Albino, de quien se asegura que sabe la palabra final de la ciencia y la solucion de todos los misterios.»—Para Albino es Rufo otro pacato, inconsecuente, que se detiene á media jornada: Albino es quien lo entiende: para este intrépido pensador, eso de un Dios-espíritu es un contrasentido; el mundo es eterno, y la verdad enteramente variable: Dios es la naturaleza; Dios es el gran todo; Dios es una fuerza; Dios es el magnetismo, la electricidad, ó la ley matemática. ¡Afuera el Cristianismo! ¡afuera la Iglesia! ¡no más Dios ya! No hay más Dios que el hombre prosiguiendo en la tierra, por su propia energía, un progreso indefinido!...

¿Qué rumbo tomará nuestro jóven al encontrarse á los diez y ocho años de su edad, entre aquellas afirmaciones tímidas y estas osadas negaciones? ¿de qué le servirá ya, para dar consistencia á sus vacilantes pensamientos, asistir á las cátedras de Lucio y de Sempronio? ¿Qué habrá ganado nuestro infeliz esceptico cuando, á manera de los jóvenes griegos, haya corrido del Pórtico al Lyceo, del Lyceo á la Academia, para

oir unas tras otras todas las elocuencias, todas las filosofías y todas las utopías de la nueva Atenas? ¿De qué provecho le habrá sido conocer punto por punto lo que piensan todos los Zenones, Platones y Aristóteles, y aun todos los Pyrrones y Aristipos de nuestros días? Todos, en medio de sus divergencias y divisiones interminables, todos tienen un lenguaje mismo, igualmente desmentido por todos ellos:—«Yo soy quien lleva razón; mi sistema es el verdadero.»—Todos estos maestros de la humana sabiduría, usurpan el nombre incommunicable del Verbo divino: *Ego sum veritas*. En este punto, todos se parecen á despecho de sus continuas variaciones, tales como Hermitas los hallaba en los primeros siglos cristianos, y tales como en el siglo XVIII los encontró Rousseau mismo, así se los encuentra hoy también, con sistemas perpétuamente varios pero con pretensiones y petulencia que no varían jamás. Como Rousseau lo hacía con los filósofos de su tiempo,—«leo yo los libros de los filósofos de ahora, oigo sus discursos, examino sus opiniones, y á todos los hallo altaneros, soberbios, arrogantes, dogmáticos hasta en su escepticismo; sabiéndolo todo pero no probando nada y burlándose unos de otros.» Y á la verdad, este punto común á todos ellos, á los del siglo presente como á los del pasado, es el único en que todos tienen razón. Triunfantes cuando atacan, débiles cuando se defienden, —«si peso sus razones (es decir, las verdaderamente suyas y no tomadas de otros) no las tienen más que para destruir: ellos no se ponen de acuerdo sino para disputar, y cuando hago escrutinio de sus votos, hallo que cada cual está reducido al suyo.» Ya hay tantas filosofías como filósofos, y aun puede decirse que más, visto como cada cual de ellos cambia diariamente su propio sistema, aunque él piensa que no: hasta los hay que tienen dos y tres y cuatro filosofías diversas, reservando siempre á la última que les ocurre el honor de proclamarla reveladora de la verdadera doctrina, mientras hilvanan otro sistema que, destruyendo al predecesor, añade un testimonio más de la impotencia de la filosofía para cimentar creencias, formar convicciones ni dar base á la vida entera.

¿Ni cómo, señores, hallar esta base de toda la vida en ese laberinto de dudas, discusiones y negaciones, donde el joven siente á cada paso que en aquel abismo de pensamientos vagos, temerosos, vacilantes, todo se sepulta, todo se desvanece, y deja vacía su inteligencia? ¿Como en

ese dedaño de filosofías que se pulverizan recíprocamente anublando con su polvo la atmósfera de las inteligencias, puede distinguirse el puro sol de la verdad? ¿Cómo su inteligencia ha de echar raíces en ese montón de sistemas donde se acumulan ruinas sobre ruinas y despojos sobre despojos? ¿Cómo la vida puede asentarse firme y sólidamente así en la región de los principios, para elevarse luego, crecer, robustecerse, florecer y brillar con toda su hermosura? Cuando la sorprenda el ímpetu de la tempestad; cuando el tenebroso nublado de las pasiones la ciña con aquellos velos tan oscuros á veces aun para los espíritus mejor iluminados; cuando los vientos del error y el huracán de los apetitos se adunen para revolcar el alma zozobrando como frágil esquife en piélago irritado, ¿qué le aprovecharán para servirle de guía en la borrasca unas cuantas verdades inciertas, apenas entrevistas, como raras estrellas flotando tras de las nubes en el fondo de un cielo oscuro?

¡Ah! vuestra mente adivina ya conmigo el porvenir de este joven sin creencias ni fe. Cuando en el crepúsculo de la duda ó en las tinieblas de la ignorancia hayan naufragado todas sus virtudes, como á tantos ha sucedido; cuando el estrago de las pasiones haya inundado de ruinas su alma ¿quién podrá regenerar á ese discípulo del racionalismo, que ha tenido al escepticismo por padre? Todo caído necesita, para levantarse, de un punto de apoyo, y él no lo tiene: su inteligencia, que debía serlo de toda su vida, está derruida también, y cabalmente la ruina de este cimiento es causa de la de todo el edificio.

(Se continuará.)

HABILITACION DE LAS CLASES ECLESIASTICAS

DE LA PROVINCIA DE ALBACETE.

Desde el día de hoy queda abierto el pago á las clases eclesiásticas de esta provincia de la mensualidad de Noviembre último, y lo pongo en conocimiento de los partícipes, para que inmediatamente procuren hacer efectivo el cobro en la forma acostumbrada. Albacete 1.º de Diciembre de 1861.—El Habilitado, Pablo Medina, Pbro.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

TOLEDO:—1861.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA 31, Y NUNCIO VIEJO 13.